

¡Ven Espíritu Santo!

El Espíritu Santo se manifiesta en dos cosas: en nuestro carácter y en la posesión de los dones del Espíritu. El Espíritu Santo transforma nuestro carácter con los frutos propios de él; amor, alegría, paz, paciencia, gentileza, bondad, fidelidad y propio control.

Sus dones son nueve, entre ellos está la capacidad de consejo, ciencia, poder de hacer milagros, discernimiento, don de lenguas, de inteligencia, magnanimidad, profecía. El don es un regalo inmerecido, por ello, la salvación es un don. Para recibirlo hay que creer, tener fe.

Pedirle al Espíritu Santo un corazón más grande. Pedirle las maravillas que hizo con los Apóstoles (colecta día de Pentecostés).

El Cura de Ars decía: "El hombre es terrestre y animal; sólo el Espíritu Santo puede elevar su alma y llevarla hacia lo alto. ¿Por qué los santos estaban tan despegados de la tierra? Porque se dejaban conducir por el Espíritu Santo. Los que son conducidos por el Espíritu Santo tienen ideas justas. Por eso hay tantos ignorantes que saben más que los sabios".

Cada generación de cristianos ha de redimir, de santificar su propio tiempo: para eso necesita comprender y compartir las ansias de los otros hombres, sus iguales, a fin de darles a conocer, con *don de lenguas* cómo deben corresponder a la acción del Espíritu Santo, a la efusión permanente de las riquezas del Corazón divino. (San Josemaría Escrivá, *Es Cristo que pasa* n. 132.)

Francisca Javiera del Valle, en su libro *Decenario al Espíritu Santo* se pregunta ¿por qué habiendo tanta gente entregada Dios, no arde el mundo? Y responde: Porque esas personas no están dispuestas a morir a sí mismas. Un santo es un revolucionario. Un santo remueve su entorno. ¡Lo que dice un santo tiene una fuerza!

El Doctor Rafael Llano Cifuentes escribe: "Después de Pentecostés, los judíos que habían perseguido a Jesús comenzaron a ver cómo, de forma avasalladora, se propagaba su doctrina. Aquel fuego, que habían intentado apagar dando la muerte a Nuestro Señor, se extendía como un gran incendio, atizado por un viento desconocido, que no era otro sino el viento del Divino Paráclito. Después de la conversión de aquellas tres mil personas, en pocos días, el número de los discípulos llegaba a cinco mil (Act. 4, 4).

Los apóstoles predicaban la doctrina de Cristo con una seguridad que asombraba a todos, ya que eran considerados hombres sin recursos y sin cultura (Act 4, 32). Los veían transformados, hablando con la autoridad de Cristo y obrando con el poder de Cristo, como ellos mismos lo afirmaban (Act. 4, 10). Y hasta la sombra de Pedro curaba a los enfermos" (Act. 5, 15).

"Aquellos hombres se parecían al Maestro por su mansedumbre y humildad, por su valentía y su dignidad y, especialmente, por su determinación jubilosa de dar la vida

por el Evangelio. En suma, los judíos habían querido dar muerte a Cristo, y ahora se encontraban con muchos *cristos*: tantos como apóstoles y discípulos.

Esta maravilla divina no podemos considerarla como una realidad incrustada en el tiempo, perdida entre las nieblas de la historia. Es - tiene que ser - una realidad viva, actual, porque el poder de Dios no ha disminuido y la gran fuerza del Espíritu está siempre *renovando la faz de la tierra*. Si tuviésemos una fe tan pequeña como un grano de mostaza, nosotros mismos reproduciríamos los milagros del Evangelio y de los Actos de los Apóstoles. Por eso, coloquémonos también al lado de María, para hacer, cada uno de nosotros, la experiencia íntima del Espíritu Santo, para que en nosotros se haga realidad la maravilla de Pentecostés”.

¿No sentimos nosotros también, por ventura, esa inmensa desproporción entre nuestra misión y nuestra miseria personal?; ¿entre el fabuloso trabajo que tenemos que realizar y nuestras limitaciones humanas, flaquezas, abandonos y desidias?; ¿entre la santidad que esperan de nosotros y nuestras negligencias e inconstancias, nuestras sombras y pecados?...

Hacer la experiencia íntima de Pentecostés, lleva a comprender que nosotros debemos vivir antes, lo que queremos que los otros vivan después. En los caminos espirituales, que son como los senderos de montaña, no bastan los letreros que indican el camino, pero que se quedan parados. Son necesarios guías, que se coloquen en frente, que tengan el camino encarnado, que digan con la fuerza de una convicción arraigada: ¡Sígueme! ¡Hagan lo que digo y hagan lo que hago! Nosotros tenemos que ser esos guías. Tenemos que ser como el Espíritu Santo que - "*ductore sic te previo*" - abre caminos como conductor, como guía, como líder, según reza ese nuestro antiguo cántico litúrgico. En esto encontramos el secreto de nuestro liderazgo. Esta autenticidad, esta coherencia es lo que verdaderamente arrastra. Es así como el cristiano se convierte en un pionero de la santidad, que abre nuevos caminos y fronteras, llevando detrás de sí una multitud de hombres, quizá, irresolutos, confusos y dubitativos.

No podemos ser apóstoles teóricos, de laboratorio, que hablan de cosas que aprendieron en los libros sin *amasarlas antes en el corazón*, y sin experimentarlas después en la práctica. Paulo VI decía que el mundo contemporáneo estaba más dispuesto a oír los testigos experimentales que los maestros; y si se oía a los maestros es porque antes ellos habían sido testigos.

No podemos tener miedo de esa *transparencia*: ¡que nos vean como somos! Que vean el fondo de nuestra alma, que no nos importe que descubran nuestras limitaciones, lagunas, defectos y perplejidades. Dejarían entonces de ver algo que les repugna mucho más: nuestra autosuficiencia vanidosa y nuestras teatralidades; y pasarán a vislumbrar esa sencillez encantadora, que atrae y cautiva. (Hablar de nuestro YO profundo).

Alguien contaba la experiencia que tuvo al viajar en el mismo avión que Teresa de Calcuta. Al poco tiempo de sentarse en su lugar, una azafata se aproximó de ella, le hizo una confidencia personal y le pidió su bendición. Minutos después, otra funcionaria del avión hizo lo mismo. Y más tarde uno de los comisarios, y *otro*, y

otro, hasta que terminaron saliendo los pilotos de la cabina para estar un rato al lado de ella y recibir también su bendición. El ambiente del avión cambió por completo. ¿Que atractivos humanos tendría esta insignificante mujer, esta viejecita de *rostro* arrugado, diminuta, ya encorvada por los años? El atractivo de la bondad, de la virtud, de la abnegación total, del amor a los pobres, de la santidad... El atractivo de ese *bonus odor Christi* (II Cor. 2, 15) de que nos habla San Pablo, ese perfume, ese aroma, que cautiva y arrastra.

Esto nos habla del atractivo que suscita la santidad, del magnetismo que irradian los santos -como encarnación viva de la figura de Cristo-, de la capacidad transformadora de su presencia y de su ejemplo.

-Silencio: "El desierto - escribe el Cardenal Ratzinger - es el lugar del silencio, de la soledad; es el alejamiento de las ocupaciones cotidianas, del ruido y de la superficialidad. El desierto es el lugar (...) que sitúa al hombre ante las cuestiones fundamentales de su vida. En este sentido es el lugar de la gracia. Al vaciarse de sus preocupaciones, el hombre encuentra a su Creador. Las grandes cosas comienzan siempre en el desierto, en el silencio"[1].

"Dios no se comunica con el ruido. Cuando descubre el interior de un alma obstruido por mil cosas, no tiene ninguna prisa en entregarse, en ir a alojarse en medio de esas mil nimiedades. Tiene su amor propio. No le gusta ponerse a la par con las baratijas. Cuanto más el alma se derrama en las cosas, tanto menos insiste el Espíritu Santo.

"Si, por el contrario, observa que alguno se desembaraza de esas naderías y busca el silencio, Dios se le acerca. Esto le entusiasma. Puede manifestarse, pues sabe que el alma le oirá. No siempre, ni será lo más común mostrarse de una manera patente; pero el alma, a buen seguro, se sentirá oscuramente invitada a subir...

"Otra razón por la cual el alma que aspira a la fidelidad ha de vivir recogida, es que el Espíritu Santo sopla no sólo *donde quiere*, sino *cuando quiere*. En cualquier momento puede venirnos una invitación. En todo momento, por ello, es necesario estar atento; no, ciertamente, con atención ansiosa, sino inteligente, en armonía perfecta con la sabia actividad de una alma entregada por completo a su deber.

El Espíritu Santo va eliminando ese arsenal de concupiscencias y rebeldías opuestas a la gracia. Esto puede hacerse en años o en un instante, como lo hizo Dios con Dimas, el Buen Ladrón.

Una oración al Espíritu Santo que se rezaba antes de algunas sesiones del Concilio Vaticano II dice así: **"Espíritu Santo, muéstranos qué esperas de nosotros para que con tu auxilio podamos darte gusto en todo"**.

Martha Morales

[1] Cit. por Manglano, J.P., *Hablar con Jesús*, Desclee de Brouwer, Bilbao 1977, p. 5.